

CAMBIO CLIMÁTICO Y DEFENSA DE LA VIDA

La crisis global por la que atraviesa la sociedad contemporánea, de la que ya hemos hablado en otras ocasiones, es la crisis de la “modernidad”. Y es una crisis cíclica del sistema dominante, tal como lo previeron hace tiempo los teóricos del modo de producción capitalista. Los contrastes y las contradicciones son obvios, como todos podemos darnos cuenta, a pesar de la cortina de humo con que trata de encubrir la realidad el poder mediático. Vivimos en un mundo desintegrado, desigual, heterogéneo, constituido por reducidos sectores sociales inmensamente ricos y una enorme población empobrecida, marginal, desprovista de todo derecho porque no contribuye en nada a generar plusvalía. “Independientemente de las teorizaciones, vivimos en una sociedad del cansancio”, nos dice Leonardo Boff en el artículo que le publicamos en esta edición.

Dos son los aspectos en los que se manifiesta con mayor crudeza la citada crisis: la violencia, que azota a los pueblos en las más variadas latitudes; y la contaminación ambiental. Tales expresiones amenazan la sobrevivencia de la especie humana y de aquellas otras que la acompañan. En la “Declaración de la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre Cambio Climático y Defensa de la Vida”, realizada en Tiquipaya, Bolivia, en octubre pasado –que publicamos también en esta edición–, se expresa claramente el sentimiento al respecto de sus participantes, así como sus propuestas para enfrentar esa crisis climática, bélica, financiera, alimentaria, energética, institucional, cultural, ética y espiritual que afecta a la humanidad entera. Veremos qué resulta de los acuerdos climáticos firmados en la COP 21 de la ONU que se llevó a cabo en París. Es la defensa de la vida lo que está en juego.

Es interesante rescatar aquí el pensamiento del destacado filósofo del exilio republicano español, José Ferrater Mora, quien reflexiona sobre el tema de la crisis en su premonitorio ensayo titulado “El intelectual en el mundo contemporáneo”, que a pesar de haber sido escrito y publicado hace más de sesenta años es de gran actualidad. Veamos:

La sociedad moderna, a partir aproximadamente desde el siglo XVI, se caracteriza no, como había pretendido Comte, por ser una crisis, sino por ser una *serie* de crisis. Cada una de ellas ha parecido amenazar con disolver la sociedad. Pero cada una ha desembocado en una estabilidad –una estabilidad transitoria. Tales crisis son tres. Lo que entre sí las distingue es un rasgo relativamente fácil de comprender –y, por supuesto, de medir–: la cantidad. La primera, que he llamado “la crisis de los pocos”, culminó a principios del siglo XVII: fue la crisis de una minoría intelectual –y a la vez social– que propuso un modelo de sociedad no menos admirable que infecundo –un modelo de sociedad solamente válido para esa minoría y para los pocos que quisieran, o pudieran, incorporarse a ella. La segunda, que he llamado “la crisis de los muchos”, culminó a mediados del siglo XVIII: fue la crisis de una clase social –en sentido amplio– que buscó, y encontró, asimismo un modelo de sociedad válido solamente para ella. Tales modelos consiguieron, en verdad, su propósito: su limitado propósito. Pero la crisis social, y espiritual, se fue haciendo cada vez más amplia, y rebasó cada vez más los angostos marcos de los modelos propuestos. La tercera, que he llamado “la crisis de los todos”, empezó a desarrollarse *plenamente* desde fines del siglo XIX. Es nuestra crisis. Los cambios que tienen lugar en ella son rápidos e incesantes; los problemas que en ella se plantean, complejos e inextricables; las soluciones que se ofrecen, múltiples y contradictorias. A diferencia de las anteriores crisis, la nuestra es total; abarca –o está en camino de abarcar– el planeta entero, en vez de limitarse a alguna de sus regiones hasta ahora históricamente privilegiadas. Las soluciones que para tal crisis se busquen deberán ser, pues, asimismo totales. Cualquier modelo social o intelectual que se imagine para solucionarla o estabilizarla tiene que cumplir con requisitos hasta ahora insospechados. Dos de ellos, sólo aparentemente incompatibles, son ya obvios: flexibilidad y totalidad. El tipo de sociedad que corresponde a esta situación de crisis ha tenido, ciertamente, precedentes en la historia. Pero nunca como ahora había alcanzado proporciones tan gigantescas. [...] Entre las actividades que el intelectual puede ejecutar dentro de su sociedad hay tres que merecen destacarse. Por un lado, puede procurar –según antes puse de relieve– comprender tal sociedad. Por otro lado, puede tratar de justificarla. Finalmente, puede intentar transformarla.

En *Archipiélago* nos sumamos a esta última propuesta. La transición hacia el modelo de civilización del Vivir Bien, planteada en la reunión de Tiquipaya, está implícita.

CVPR / enero 2016